



Estamos en el estudio de un diseñador de moda en Hoxton, admirándonos en el espejo. Se supone que Jenny tendría que estar disfrutando al verse con el vestido que va a llevar sobre la alfombra roja. Y así debería ser si no le hiciera parecer un tomate cherry. Edie y yo solo hemos venido para acompañarla, pero el espejo ocupa toda la pared y nos resulta difícil resistirnos a echar una miradita.

Aparte del espejo, el estudio es grande y apenas tiene muebles. Mucha pared con ladrillo a la vista, ventanales altos y percheros de barra con ropa. Mi madre lo llamaría «*industrial chic*». Yo diría que le falta un poco de cariño y un buen tapizado.

Miro mis Converse, que estreno hoy después de customizarlas con Tippex. No son más que palabrotas suaves en francés (y una en italiano que me enseñó Marco, mi amigo por correspondencia). Sé otras mucho peores. Me pareció que quedaban graciosas, y Jenny se rio mucho. Edie pasa de todas esas bobadas. Pero cuando esta mañana bajé con ellas puestas, mamá... bueno, nadie diría que ha sido modelo y en su día desfiló medio desnuda por la pasarela. Quiere que sea pija e inteligente como Edie y que disfrute de la juventud que ella nunca tuvo. A mí me parece que la suya no estuvo nada mal.

No me convencen mis mallas plateadas, aunque son divinas. En mi habitación se veían ajustadas y sugerentes, pero bajo los focos del estudio parezco un cohete a punto de despegar. Sin embargo, el top de terciopelo queda ideal. Antes era un vestido, pero ha ganado mucho al quitarle las mangas y la falda. Y los mitones de encaje negro han sido todo un descubrimiento. Me gusta el conjunto.

Eddie intenta aparentar que no se está mirando al espejo. Tiene cuerpo de modelo (yo no; he salido a mi padre, que es francés, fuma Gitanes y es prácticamente enano), pero lleva faldas por la rodilla y chaquetitas a lo Kate Middleton. Patético. Podría dedicarse a posar para los catálogos de moda cuando termine el colegio, pero no: quiere trabajar para las Naciones Unidas. Mamá está muy impresionada con ella.

Eddie se observa la cara disimuladamente. Es muy mona, rubia y con la raya al medio. No parece que haya tanta inteligencia detrás de esos ojos color gris acero. Ahora está pensando si le quedaría bien el flequillo. Lleva cinco años pensándolo y aún no se ha decidido. Me pilla mirándola y finge estar contemplando a Jenny, que está hecha una pena.

Jenny no está para que la admiren. Es estupenda, y mi mejor amiga, pero menudo vestido. No le favorece nada. Y pensar que se lo tiene que poner para un estreno dentro de una semana...

Jenny ha hecho un montón de cosas en este año y medio. Ha dejado de ser una niña pecosa, alegre y divertida de doce años y medio para convertirse en

una persona totalmente distinta. Para empezar, le han salido tetas y se ha hecho un tratamiento intensivo contra los granos. Ha actuado en una película de acción con la pareja del momento de Hollywood y con el nuevo dios *sexy* e ídolo de adolescentes; algo que nadie querría justo cuando le están creciendo las tetas y se está tratando los granos. Y además ha cogido complejo de gorda.

Si hubiéramos vivido hace cincuenta años, estaría buenísima. Probablemente tenga la misma talla y figura que Marilyn Monroe. Pero en la época actual de reinado de la talla XS, se ve gorda. Le dan vergüenza sus tetas. Las mías están a años luz, y las de Edie seguirán pareciendo huevos fritos el resto de su vida. Hasta le avergüenza su piel, que se sonroja con facilidad. Odia sus pecas y su pelo de color cobrizo. Lo único que quiere es pasar inadvertida.

Pero no lo va a conseguir con ese modelito tomate cherry. El diseñador se llama Pablo Dodo. Ni te molestes en recordar su nombre, porque como siga haciendo esas birrias no tardará en desaparecer del mapa. Es primo de uno de los productores de la película, por eso consiguió el trabajo. Quería convertir a Jenny en una «aparición en rojo». Lo cual dice mucho de su imaginación. Entre el pelo que tiene y lo que se sonroja, eso ya lo consigue ella solita.

La última vez que vino, Jenny le contó a Pablo lo del complejo con sus tetas y él prometió disimularlas. Y lo ha hecho. Están escondidas en algún lugar bajo el modelo de *chiffon* vaporoso color escarlata que arranca de la clavícula y va abriéndose

hasta llegar a medio muslo, para acabar brusca-
mente, como si de pronto se hubiera acordado de que
tenía algo que hacer, dejando sus piernas blancas
colgando.

Intento que se me ocurra algo ingenioso, cosa que
normalmente no me resulta difícil, pero que en este
momento es todo un reto. Edie se muerde los labios.

La ayudante de Pablo va a hacerle la última
prueba. Se acerca con la boca llena de alfileres y co-
mienza a ajustar el vestido, balbuceando algo sobre
el «brillo radiante» del *chiffon*.

—¿Cómo lo ves, Nonie? —me pregunta Jenny, mien-
tras se calza unos *stilettos* dorados. Está nerviosa e
insegura (y eso que en una ensalada de rúcula que-
daría bien).

Sonrío para darle ánimos, pero me quedo callada.
Me la imagino sobre la alfombra roja y la visión hace
daño a los ojos.

Edie ya no se puede contener.

—Pareces un tomate cherry —suelta por fin—. Con
tacones.

Y esta es la que quiere ser diplomática...

Diez minutos más tarde, y después de muchos al-
fileres y ajustes detrás de una cortina cutre y vieja,
Jenny reaparece con su uniforme habitual de va-
queros y camiseta, hecha polvo. He intentado decirle
que le quedarían genial unos *shorts* y una camisa
atada a la cintura a lo Marilyn, pero está demasiado
deprimida para escuchar.

Le he echado a Edie una mirada asesina, pero se ha limitado a encogerse de hombros. Cree en la sinceridad entre amigas. Y está demasiado ocupada siendo megainteligente como para darse cuenta de las consecuencias.

Por culpa de Edie, tenemos que echar a correr para coger el metro y atravesar todo Londres de vuelta. Los sábados por la tarde trabaja como voluntaria ayudando a niños con necesidades especiales. Su vida gira en torno al modo de conseguir puntos para engordar su currículum y solicitar una plaza en Harvard dentro de tres años. Parece ser que antes de trabajar en la ONU tienes que estudiar allí. Ahí es donde fue Reese Witherspoon en *Una rubia muy legal*. Creo recordar que en la peli Reese enviaba un vídeo de ella en la piscina y los profesores de Harvard la admitían en la universidad. Pero Edie se las apaña para que todo parezca mucho más complicado. Y no solo porque en Londres sea más difícil encontrar piscinas.

Mientras tanto, he prometido invitar a Jenny a un batido en el Museo Victoria and Albert (V&A para los amigos), que queda a un paso de mi casa. Es el lugar de encuentro más *cool* de Londres, con la cafetería más chic de la ciudad, llena de azulejos *vintage* y de lámparas muy curiosas del tamaño de pelotas saltarinas... y con los mejores batidos que he probado en mi vida, tras años de patear el mercado.

Es la última oportunidad de Jenny de hacer algo normal antes de que la gira para promocionar su película se vuelva frenética. Se estrena en Londres el

sábado que viene. Antes habrá ruedas de prensa, entrevistas en la tele y *photocalls*. Luego, más entrevistas. Y después, viajes a Nueva York, Los Ángeles y Japón, donde tendrá que repetirlo todo.

Pablo Dodo dice que se la imagina como una aparición en rosa para el estreno en Nueva York. Dios nos coja confesados.